



El Arzobispo Metropolitano de Buenos Aires Josif

HOMILIA

Domingo de los Santos y Teóforos Padres Del I Concilio Ecuménico

En el Domingo VII después de la Pascua, o el Domingo entre la fiesta de la Ascensión y el Pentecostés, la Tradición de nuestra Iglesia conmemora a los 318 Padres que conformaron el I Concilio Ecuménico de Nicea en el año 325.

Prima facie, pareciera que la coherencia y la conexión entre las lecturas evangélicas que se venían leyendo desde la (I) Pascua ((II)Tomás, (III)Miroforas, (IV)Paralítico (V)Samaritana, (VI)Ciego) se quebrase –o se diluyese– en este Domingo donde no se conmemora ya ningún “signo o señal” de la época mesiánica como sucedía durante los domingos pasados. La perícopa evangélica es tomada de la *oración archisacerdotal* de Cristo y la misma nos da la clave de lectura e interpretación de toda esta secuencia de domingos desde la Pascua hasta el Pentecostés.

El periodo que dura la fiesta de la Pascua (cuarenta días) es, asimismo, una densa y honda *preparación panegírica* para la fiesta de la ascensión, pero por sobre todo para la fiesta del Pentecostés. La tónica interpretativa de todos los domingos hasta el presente es la “*revelación*” del Cristo desde Tomás hasta el ciego: efectivamente Jesús, el de Nazaret, es el resucitado, es el Cristo. Los eventos tomados ya antes de su resurrección, ya luego de ella, hacen referencia directa a todo el *proceso apocalíptico* que, a su vez, debe ser necesariamente identificado con la “*Economía Divina*”.

El “arcano” y “misterioso” designio de Dios¹ desde la creación hasta las postrimerías *se revela* pleno en la persona –obras y palabras– del *Cristo-Mesías*, pero ya en la última cena por su propia voluntad se ha de *extender* en sus discípulos y apóstoles, en los que creen en Él y se encuentran ya unidos a Él. Si bien en el Cristo-Mesías la obra redentora se lleva a cabo y se cumple en perfección, la misericordiosa y entrañable voluntad del Dios Unitrino quiere de alguna manera “*compartir*” esta acción redentora con los mismos redimidos. Como siempre a su propia imagen, puesto que Él es “*la ofrenda y el que ofrenda; el que es dado y*

¹. Ap. 13:8: “Y la adorarán (a la bestia) todos los que moran en la tierra, cuyos nombres no han sido escritos, en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo.”

recibido y distribuido”: el *Dios-que-se-da-a-Sí-mismo* desdoblándose multidimensionalmente para ser “*todo en todos*” (Ef. 1:23).

Las órdenes que repite a los apóstoles antes de ascender a los cielos son ya germinalmente referidas e interpretadas de manera precisa durante la última cena: es por ello que en el Domingo presente la Iglesia coloca como la perícopa evangélica parte de aquella oración que Jesús “*lleno del Espíritu Santo*” eleva – refiere- al Padre. Asimismo aclara: “*Pero cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad que yo les enviaré de parte del Padre, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí. Además, ustedes también testificarán porque han estado conmigo desde el principio.*” (Jn.15: 26-27): **experiencia y testimonio**, pues. Llegamos al nexo necesario entre la plenitud de la misión crística y su *extensión* en los discípulos: el ***Espíritu Paráclito***.

Ahora bien ***¿cómo se conecta toda esta temática con la conmemoración de los Padres del I Concilio Ecuménico?*** El vínculo pareciera al menos extemporáneo: sin embargo, si analizamos la condición para la *prolongación* de la misión crística en los apóstoles, comprenderemos su raíz más profunda. *La extensión se ha de producir a partir del Pentecostés con la efusión del Espíritu Santo*. Esta efusión es el ***bautismo y confirmación*** de la fe de los seguidores del Cristo-Mesías y por tanto el *impulso ineludible* para que se produzca la extensión de la misión a través del testimonio de los mismos a la toda la Ecumene: revelación nuevamente; o, más bien dilatación de la misma a través de los creyentes, de los testimonios vivientes. **Antecede a la proclamación la fe. Y a ésta la experiencia:** “*Además, ustedes también testificarán porque han estado conmigo desde el principio.*”

Los Padres del I Concilio Ecuménico han de reflexionar sobre aquella fe, la fe de los apóstoles, y la han de precisar de manera clara y directa, purificándola de toda mácula foránea a la experiencia viva del Cristo-Mesías.

De esta manera, el Domingo de los Padres es la antesala, la introducción, la catequesis necesaria para que podamos vivir plenamente la fiesta del Pentecostés, el *bautismo trascendental* con el fuego increado del Paráclito. Conmemoramos a quienes, tal como los apóstoles, interpretaron y formularon prístinamente –*porque lo también lo vivieron*- el contenido de la verdadera ***fe bautismal*** que, a su vez, es la *conditio sine qua non* para recibir “la prenda” -ἡ Παρακαταθήκη- y de esta manera poder continuar con la ***prolongación*** de la buena nueva a todas las naciones.

Así nos prepara la Iglesia para poder recibir la “prenda”; nos expone –a través de los Padres- el contenido de la experiencia –el testimonio- de manera correcta y precisa a fin de salvaguardar la legítima y necesaria ***coherencia*** entre la creencia –*doxa*- y la experiencia –*praxis*- de la misma: ¡y viceversa! Ambas interactúan de manera recíproca y deben coincidir: esta identificación ***solo*** puede ser garantizada por el Paráclito que, por fin, revela y conduce a “***toda la verdad***”: “*Y cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad pues no hablará por sí solo sino que hablará todo lo que oiga y les hará saber las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y les hará saber. Todo lo que tiene*

el Padre es mío. Por esta razón dije que recibirá de lo mío y se lo hará saber.” (Jn. 16: 12-15).

Así, el símbolo de Nicea es genuino producto de esta “**amplificación**” *misionera-kerygmática y reveladora* de los discípulos del Cristo-Mesías que se dilata desde entonces indefinidamente en el tiempo-espacio a través de los “**teóforos**”, de aquellos que han vivido y experimentado la misma “**Parusía**” que los profetas y apóstoles, y dan cuenta de ella con su propia existencia.